

LETRAS



LETRILLAS

L&TRON



68

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2014

LITERATURA

PATRICK MODIANO Y EL MISTERIO DE LA IDENTIDAD

ALOMA RODRÍGUEZ

“Nací el 30 de julio de 1945, en Boulogne-Billancourt, y en el 11 del paseo Marguerite, de un judío y una flamenca que se conocieron en París durante la Ocupación”, escribe Patrick Modiano al comienzo de *Un pedigrí* (2005; Anagrama, 2007), que aparece en todas las listas de los libros imprescindibles del Premio Nobel de Literatura de 2014. Cuando escribió esas líneas, Modiano ya había publicado más de veinte novelas, había ganado el Goncourt —en 1978, con *Calle de las tiendas oscuras* (Anagrama, 2010)— y había recibido prestigiosos premios al conjunto de su obra. Continúa: “Escribo judío sin saber qué sentido tenía en realidad esa apelación para mi padre y porque, por entonces, constaba en los carnets de identidad. Las temporadas de grandes turbulencias traen consigo frecuentemente encuentros aventurados, de tal forma que nunca me he sentido hijo legítimo y, menos aún, heredero de nada.” En apenas dos frases podemos entrever ya los temas que aparecen una y otra vez en la obra de Modiano: los judíos, el París de la

Ocupación, la reconstrucción del pasado, la importancia de los documentos, la identidad, la memoria, la relación con sus padres y la incógnita sobre sus orígenes. Algunos de esos temas, que son como satélites en las novelas del francés, son evidentes y se llevan la atención de críticos y exégetas —e incluso de la Academia sueca—, como la Ocupación; otros en cambio son más escurridizos y hay que buscarlos casi entre líneas, como la escritura o el material autobiográfico, que siempre está presente.

Patrick Modiano ha ganado el Nobel de Literatura, para su propia sorpresa, “por su arte de la memoria, con el que ha evocado los destinos humanos más difíciles de retratar y desvelado el mundo de la Ocupación”, según el comunicado oficial. Como señalaba el periodista francés Pierre Assouline, “al inscribir esa palabra [Ocupación] en su justificación, lo han reducido. Su universo sobrepasa y trasciende desde hace mucho el periodo de 1940-1944, como demuestra su último libro”. Los años oscuros del París ocupado, con sus turbios personajes, el mercado negro y el colaboracionismo, han protagonizado algunas de las novelas de Modiano, desde la *Trilogía de la ocupación* —el volumen que publicó Anagrama en 2012 y que reúne

El lugar de la estrella (1968), *La ronda nocturna* (1969) y *Los paseos de circunvalación* (1972)— y aparecen como telón de fondo de otras, como *Dora Bruder* (1997; Seix Barral, 1999) o *El libro de familia* (1977; Alfaguara, 1982). Modiano explicaba en una entrevista con Nelly Kaprèlian que se interesó por la Ocupación “porque soy un producto de ese periodo”. Pero esos años oscuros propician la aparición de personajes casi fantasmas, que se mueven en la clandestinidad, cuando el límite del bien y del mal no está tan claro. Modiano, que ha escrito guiones de cine y letras de canciones, es el escritor que miró el colaboracionismo de frente y se adentró en las cloacas de la moralidad. También es muchas más cosas.

Patrick Modiano escribe sobre la identidad y sus libros pueden verse como novelas policiacas donde el misterio a esclarecer es el pasado, pero para entenderse a uno mismo. Denis Cosnard lo llama “autoficción poético policial”. Lo explica Jean en *La hierba de las noches*: “Sí, era como si quisiera dejar por escrito indicios que me permitieran, en un futuro remoto, aclarar lo que había vivido mientras estaba sucediendo sin acabar de entenderlo.” Y en *Dora Bruder*, Modiano dice: “Al escribir este libro, hago llamadas, como señas de faro que, desgraciadamente, dudo que

puedan esclarecer la noche. Pero siempre espero.”

En una charla con Jean Echenoz, Modiano confiesa: “Como no hice estudios superiores, quería demostrarme que yo también podía hacer algo con mis propias manos, con mi vida. Así que pasé directamente de la adolescencia al estado de escritor.” La literatura le salvó, según él mismo ha reconocido. Le salvó de su padre, un negociante al borde de la legalidad al que vio por última vez en los años sesenta y que marca toda su obra; de su madre prácticamente ausente, una actriz belga; de la temprana muerte de su hermano Rudy, en 1957, de leucemia; de la miseria y del mundo de la delincuencia al que parecía abocado de no ser por la ayuda de Raymond Queneau, que leería el manuscrito de su primera novela.

Patrick Modiano escribe desde la obsesión. “Después de ver el anuncio de búsqueda de Dora Bruder en el *Paris-Soir* de 1941, no dejé de pensar en eso durante meses y meses. La extrema precisión de algunos detalles me atormentaba [...]. Me parecía que no conseguiría jamás encontrar el mínimo rastro de Dora Bruder. Así que la falta que experimentaba me empujó a la escritura de una novela, *Viaje de novios*, un medio como cualquier otro para continuar centrando mi atención en Dora Bruder y, tal vez, me decía, para dilucidar o adivinar alguna cosa de ella, un lugar por el que hubiera pasado, un detalle de su vida”, cuenta Modiano en *Dora Bruder*. Este es solo un ejemplo de los ecos que hay entre sus novelas. En *Un pedigrí* aparece “el asunto Ben Barka” y la relación de Modiano con sus protagonistas; ese crimen figura en *La hierba de las noches* (Anagrama, 2014). Otro episodio recurrente en la obra de Modiano: el viaje desde su casa a la comisaría en un furgón policial junto a su padre, que ha llamado a los agentes. En la misma entrevista, Modiano explica la repetición: “Suelo tener la impresión de que el libro que acabo de terminar no está contento, de que me rechaza porque no lo he llevado a término. Como

no se puede volver atrás, tengo que empezar otros para terminar el anterior. Así que retomo algunas escenas para desarrollarlas más. Esas repeticiones tienen un lado hipnótico, como una letanía. No me doy cuenta cuando escribo y además no leo mis libros anteriores porque eso me bloquearía...”

París, sus edificios, sus calles, sus solares y los misterios o secretos que encierran ciertos lugares, es uno de los grandes personajes de Modiano. Sus novelas recorren la margen izquierda y los alrededores del muelle Conti, la porte de Clignancourt, el sur de París, la zona de Montparnasse, de la Ciudad Universitaria, el distrito 16 y la periferia. En *Dora Bruder* escribe que el espacio es importante porque es humano: “[los personajes] no se despegan de ciertas calles de París, de algunos paisajes de las afueras, en los que descubrí, por azar, que habían vivido. Lo que sabemos se reduce a veces a una simple dirección. Y esa precisión topográfica contrasta con lo que siempre ignoraré de su vida: ese blanco, ese bloque de desconocido y de silencio”.

El propio Modiano define su estilo como “elíptico”. La claridad y sencillez con que se expresa es un compromiso casi moral (“Escribo estas páginas como se levanta acta o como se redacta un currículum vitae, a título documental”); utiliza frases simples que esconden más de lo que enseñan y que crean un ritmo hipnótico en el que los detalles siempre son importantes. Modiano emociona desde la contención más absoluta: “En febrero de 1957 perdí a mi hermano. Un domingo, mi padre y mi tío Ralph vinieron a buscarme al internado. En la carretera de París, mi tío Ralph, que iba al volante, se detuvo y bajó del coche, dejándome solo con mi padre. Mi padre me comunicó, en el coche, la muerte de mi hermano”. Bernard Pivot contaba que el Nobel a Modiano le ha sorprendido (y alegrado) porque “las novelas de Modiano solo exploran un campo, el de la literatura. Son pura literatura”.—

RELATO

YA HABER SIDO

CLAUDIO MAGRIS

para Luca Doninelli

Fue así como Jerry murió, calma, este no es el problema, ni para él ni para nadie, ni siquiera para mí que lo he querido y que lo quiero, porque el amor no se conjuga, ¡Dios mío!, en ese sentido sí, sin duda alguna, nada más eso nos faltaba, sin embargo, el amor tiene su gramática y no sabe de tiempos, sino solo de formas verbales, es más, solo sabe de una, el infinitivo simple, cuando se ama es para siempre y todo lo demás queda fuera. Cualquier amor, de cualquier tipo. No es verdad que te sucede, nada te sucede, y precisamente eso a menudo es una gran desgracia, pero la llevas detrás contigo, como la vida, que no es que sea precisamente una suerte, solo que el amor sobreviene todavía menos que la vida, está ahí, como la luz de las estrellas, a quién le importa si están vivas o muertas, resplandecen y con eso es más que suficiente, y aunque de día no las ves, sabes que están allí.

Así que ya no escucharemos más esa guitarra y calma también por esto, se puede prescindir de todo. ¡Ay Dios, cómo la tocaba! Y cuando la mano le dejó de funcionar, bajó las cortinas y renunció a todo.

Acerca de esto, no hay nada que objetar. Tarde o temprano sucede y poco importa cómo, de cualquier manera tiene que suceder y a saber cuántos de nosotros de los que estamos aquí esta noche, señoras y señores, seguiremos vivos dentro de un mes, seguro no todos, es estadísticamente imposible, alguien que está empujando al tipo que está a su lado y protestando porque el de delante le obstruye la vista del escenario ya fue por última vez al barbero, pero calma, no hay mucha diferencia entre un año más o un año menos, no compadezco a quien está por tirar la toalla y no envidio a quien sigue adelante ni me interesa mucho saber en qué grupo estoy.

Amén por Jerry, y amén por todos y por todo. Como ya dije, no critico su decisión; cuando uno se quiere bajar del autobús es justo que se baje,

y si prefiere dar un salto del autobús en movimiento, antes de llegar a la parada, eso es asunto suyo. Uno puede sentirse harto, cansado, pensar que ya no puede más o qué sé yo. Pero cuando, viéndolo deprimido porque ya no podía tocar como antes, le dije, así, para darle ánimos, que había sido uno de los grandes de la guitarra, él me respondió que no le bastaba con haber sido. Quería ser, poco importa qué, un músico, un enamorado, cualquier cosa, pero ser.

Ah, señoras y señores, en ese momento entendí qué gran suerte es nacer, como yo, o tener un tío o un abuelo o quien se crea conveniente, nacido en Bratislava o en Leópolis o en Kalocsa o en cualquier otro agujero de esta ajada Mitteleuropa, que es un infierno, una verdadera letrina, basta con sentir ese olor a rancio, ese hedor que es el mismo desde Viena hasta Chernivtsi, pero por lo menos no te impone ser, todo lo contrario. Ah, si Jerry hubiese entendido, cuando la mano ya no le respondía, la gran suerte de haber sido, la libertad, las vacaciones, la gran licencia de no deber ser más, de no tener más la necesidad de tocar, ¡la salida franca del cuartel de la vida!

Pero quizá no podía, porque no había nacido ni vivido en ese ambiente panónico viciado y espeso como una cubierta, en esa posada envuelta por el humo en la que se come mal y se bebe peor, pero que está bien cuando afuera llueve y sopla el viento, y afuera, en la vida, llueve siempre y el viento es cortante. Sí, cualquier tendero de Nitra o de Varaždin le podría enseñar a toda la Quinta Avenida —con excepción de aquellos que acaso llegaron allá de Nitra o de Varaždin o de algún otro pedazo de fango panónico— la felicidad de haber sido.

¡Ah, la modestia, la ligereza de haber sido, ese espacio incierto y frágil en donde todo es ligero como una pluma, contra la presunción, el peso, la desolación, el abatimiento de ser! Por caridad, no estoy hablando de ningún pasado y mucho menos de nostalgia, porque es estúpida y hace daño, como dice la palabra, nostalgia, dolor del retorno. El pasado es horrendo, nosotros somos bárbaros y malos, pero nuestros abuelos y

bisabuelos eran unos salvajes todavía más feroces. Ciertamente no quisiera ser, vivir en su época. No, digo que quisiera siempre haber sido, estar exento del servicio militar de existir. A veces una pequeña lesión es salvadora, te protege de la obligación de participar y de perder el pellejo.

Ser hace daño, no concede tregua. Haz esto, haz lo otro, trabaja, lucha, vence, enamórate, sé feliz, debes ser feliz, vivir es esta obligación de ser feliz, si no, qué vergüenza. Sí, haces todo lo posible con tal de obedecer, para ser capaz bueno feliz como es tu deber, pero ¿cómo se hace? Todo se te viene encima, el amor se desploma sobre tu cabeza como un pedazo de cornisa del techo, un feo golpe o peor, caminas pegado a las paredes tratando de evadir esos automóviles pero las paredes son quebradizas, piedras puntiagudas y vidrios que te desuellan y te hacen sangrar, estás en la cama con alguien y por un instante entiendes lo que podría ser y debería ser la vida verdadera y es un estallido insostenible, recoger la ropa tirada en el piso, volverse a vestir, partir, salir, afortunadamente cerca de allí hay una cafetería, qué bueno es poder tomar un café o una cerveza.

He ahí que, por ejemplo, beber una cerveza es una manera de haber sido. Estás sentado allí, observas cómo se va evaporando la espuma, una burbujita cada segundo, un latido del corazón, un latido menos, reposo y promesa de reposo para un corazón cansado, todo lo cargas sobre tus hombros. Recuerdo que la abuela, cuando íbamos a visitarla a Subotica, cubría con un paño las salientes de los muebles y quitaba una mesa de fierro, así nosotros los niños no nos hacíamos daño cuando al correr por la casa nos lanzábamos contra ellos, y también cubría los contactos de la luz. Haber sido es esto, vivir en ese espacio en donde no hay salientes, donde no te raspas las rodillas, donde no puedes encender la lámpara que te lastima los ojos, donde todo está detenido, fuera de juego, sin ninguna emboscada.

Esta es, señoras y señores, esta es la herencia que hemos recibido de la Mitteleuropa. Una caja fuerte, vacía pero con una cerradura que

desalienta a los ladrones deseosos de meter dentro quién sabe qué cosa. Vacía, nada que atrape el corazón y muerda el alma, la vida está allí, ha sido, segura, protegida de cualquier accidente, un viejo billete sin valor de ciento veinte coronas que cuelga en la pared, protegido por un cristal, y no teme ninguna inflación. También en una novela, lo más hermoso, por lo menos para quien la escribe, es el epílogo. Todo ya ha sucedido, es escrito, resuelto, los personajes viven felices y contentos o están muertos, es lo mismo, en todo caso ya no puede suceder nada más. El escritor tiene el epílogo entre sus manos, lo relee, acaso cambie una coma, pero al abrigo de cualquier riesgo.

Todo epílogo es feliz, porque es un epílogo. Te diriges hacia el balcón, un poco de viento pasa entre los geranios y las violetas del pensamiento, una gota de lluvia resbala sobre el rostro, si llueve más fuerte te gusta escuchar el tamborileo de las grandes gotas de agua sobre la cortina, cuando cesa caminas dos pasos, intercambias unas palabras con el vecino con el que te topas en las escaleras, a ninguno de los dos le importa lo que se dice pero es agradable detenerse un momento y desde la ventana del rellano ves ahí abajo, hacia el fondo, una franja de mar que el sol, que sale de entre las nubes, enciende como una llama. “La próxima semana vamos a Florencia”, dice el vecino. “Ah, sí es muy bonito, ya estuve.” Y así uno se ahorra el esfuerzo del viaje, las colas, el calor, las multitudes, de tener que buscar un restaurante. Dos pasos, en el aire de la noche refrescada por la lluvia, luego a casa. No hay necesidad de cansarse demasiado, si no, uno termina por agitarse y no logra conciliar el sueño. Y el insomnio, señoras y señores, créanme, es terrible, te aplasta te sofoca te acosa te persigue te envenena, eso es el insomnio, es la forma suprema del ser, ser = insomnio, por eso es necesario dormir, dormir es solo la antesala del verdadero ya haber sido, pero entretanto, ya es algo, un respiro de alivio... —

NACIONALISMO

LA PELIGROSA SECESIÓN CATALANA

MARÍA TERESA GIMÉNEZ BARBAT

Es muy probable que uno de los motivos de que haya menos guerras en el mundo sea la reducción de naciones, Estados o cualquier clase de unidad política. La razón es simple: existe mayor riesgo de conflicto entre países que dentro de los países consolidados. Es más probable una guerra contra los vecinos que una guerra provincial entre compatriotas. Por lo menos, esa es la dirección indicada por los historiadores que se han tomado la molestia de realizar enjundiosas comparativas. Por ejemplo, Lewis Fry Richardson, matemático, médico, meteorólogo, psicólogo y pacifista inglés, pionero del estudio de fractales y del empleo de las matemáticas en los pronósticos del tiempo, aplicó los mismos principios al estudio de las causas de las guerras y cómo prevenirlas. En su famoso y extenso *Statistics of Deadly Quarrels* (Boxwood, 1960) cotejó estadísticas que indicaban entre otras cosas un menor número de conflictos intraestatales en comparación con los habidos entre ellos.

Con la necesaria puesta al día que requiera una obra como esta, su conclusión de que la unión de entidades políticas examinada a la creación de un país mayor o la absorción o fusión hacia entidades más grandes o más potentes, el establecimiento de políticas y sistemas legales comunes y la solución de conflictos por instancias más alejadas de las partes implicadas se reconoce como un factor importante en la pacificación progresiva de territorios cada vez más extensos.¹ En su libro *Los ángeles que llevamos dentro* (Paidós, 2012), Steven Pinker también utiliza el trabajo de Richardson y otros investigadores de primera fila para proponer que el avance de la llamada “Larga paz” ha venido dado en gran parte por esa disminución progresiva de estados o unidades políticas.² Por otro lado, la cesión de



Fotografía: David Ramos / Getty Images

soberanía a organismos supranacionales, como la UE, la ONU y los tribunales internacionales, y los tratados de libre comercio entre países refuerzan la tendencia a la resolución de problemas por medios racionales, pacíficos y consensuados.

A tenor de este conocimiento, deberían encenderse luces de alarma cuando una región perteneciente a un país consolidado y democrático, como sucede con Cataluña en el marco hispano, pero no solo ella, inicia devaneos en dirección contraria. Es una inquietante regresión histórica en el sentido de Richardson y a tenor de la experiencia solo puede presagiar el comienzo de problemas sin cuento para el país que la acoge pero también para la entidad supranacional de la que forma parte: Europa.

Estos movimientos separatistas están ocurriendo en algunos de los países más afortunados y prósperos del planeta. Países que están en ese lugar físico y moral que llamamos “Occidente”. Lugares que han sufrido muy recientemente los desastres del nacionalismo pero que los han olvidado.

Hemos visto crecer el delirio identitario sin darle la debida importancia, seguramente por ignorancia, por falta

de un conocimiento cabal de las fuerzas profundas que mueven la naturaleza del hombre y sus sociedades. Posiblemente muchos años de “tabula rasa”, de colocar la reflexión intelectual más en el lado de la balanza donde pone “cultura” que en el que dice “naturaleza”. Y de repente es esa naturaleza la que hace acto de presencia cuando generaciones de ciudadanos pretendidamente cultos, muchos de ellos ahora en la política, dan por sentado que no existe.

Y aparece por todos lados: en la tozudez de una violencia doméstica que no cesa del todo con la alfabetización y la cultura, en el fracaso de los sistemas pedagógicos no autoritarios, o en el que nos ocupa: la aparición del espíritu tribal, de la identidad de grupo en los países avanzados.

La pregunta es la misma para cualquiera de estas cuestiones: ¿Por qué no podemos tener la política que imaginábamos para el siglo XXI? Tenemos paz, comida, refugio, entornos protectores... ¡tenemos “educación”! Y sin embargo... “¿Es la naturaleza, estúpido?”

Sí, sí lo es. Aunque los más recientes estudios en el campo evolutivo demuestran que el *Homo sapiens* ha seguido evolucionando desde su salida de África, las raíces de nuestra psicología y de nuestro comportamiento aún se hunden en un pasado en el que el compromiso y la

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2014

1 <http://world.std.com/~jlr/comment/statistics.htm>

2 “Durante la Guerra de los Treinta Años había alrededor de quinientas unidades políticas en Eu-

ropa; en los años cincuenta se habían reducido a treinta” Azar Gat, *War in Human Civilization* (Oxford University Press, 2008).

comunidad con el grupo eran cuestiones de supervivencia.

La lengua y las peculiaridades culturales no son neutras. Están en la raíz del etnocentrismo, la xenofobia, el patriotismo y el nacionalismo. La lengua, por ejemplo, solía estar vinculada a un grupo étnico en nuestro pasado ancestral y es, por tanto, un potente marcador genético con una gran carga emotiva que tiene efectos psicológicos y sociales. La lengua es una gran integradora, pues dispara mecanismos de adscripción grupales. Y, por el mismo motivo, es un elemento de separación de la misma potencia.³

Durante treinta años se han utilizado el catalán, las costumbres y la educación para reforzar la identidad de seis millones de personas. Su cultivo reactivo, hacerlo a expensas del español y de la idea de España, le pareció progresista a más de uno. El concepto de la unidad de España tenía ecos franquistas, al igual que el español, la historia o la cultura. Pero el resultado ha sido todo lo contrario. Se ha erosionado algo aún más importante y difícil de lograr, que ha requerido centenares de años para instalarse: un marco identitario y cultural de rango superior —en el sentido que empleaba antes— por el hecho importantísimo de abarcar no a seis, sino a cuarenta y cinco millones de personas. Y con el agravante de que estas “desconexiones” se consiguen con más facilidad cuando se crea un aglutinante base de terribles efectos secundarios: el enemigo exterior.

El nacionalismo catalán tiene una discutible raíz étnica,⁴ no en vano algunos de sus más entusiastas valedores ni siquiera han nacido ni tienen ancestros en Cataluña. Pero lo que la ideología nacionalista ha puesto en marcha es un sistema de palancas emocionales que disparan resortes antiguos todavía disponibles en las estructuras cerebrales de cualquiera de nosotros. En resumen, treinta años de hegemonía nacionalista nos han

convertido en lo que no somos: una etnia en el peor sentido del término. —

CRIMEN

EL ARTE DEL ROBO

de FERNANDA MELCHOR

Er an las cinco de la tarde cuando la furgoneta blanca se estacionó frente al Bancomer en la calle Corregidora, una de las vías más ajetreadas de la ciudad de México y en la cual, a menos de quinientos metros, tiene su sede la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Cuatro hombres de cabello al rape, armados con fusiles, vestidos de forma idéntica —camisa amarillo canario, chaleco antibalas y pantalones negros— descendieron del vehículo y subieron marcialmente las estrechas escaleras que dan al vestíbulo del banco. Uno de ellos se adelantó hasta la entrada de la bóveda para hablar con el cajero principal. Se presentó como empleado de la empresa de valores Tecnoval y le mostró su identificación, a nombre de Juan Piña Pinto. El empleado del banco comprobó que la fotografía y el nombre del custodio aparecieran en el catálogo de seguridad enviado días atrás por la empresa: como todo parecía en orden, le entregó al grupo de hombres armados el caudal reunido por la sucursal durante aquel concurrenciado lunes de agosto. Los custodios tomaron las bolsas de dinero, salieron en pulcra fila de la sucursal, subieron a la furgoneta y arrancaron sin prisa. La operación completa no duró ni diez minutos.

Media hora después, un segundo grupo de custodios de Tecnoval aparcó su vehículo blindado frente a la fachada anaranjada de Corregidora. Tras subir las escaleras, también en fila ordenada, se presentaron ante el mismo cajero. Horrorizado, el empleado bancario se dio cuenta de que había entregado cerca de diez millones de pesos a los hombres equivocados. Para entonces, los custodios impositores ya habían abandonado la furgoneta “pirata” en la calle Manzanares para abordar dos camionetas sin rótulos que, según los videos de vigilancia ciudadanos, circularon con parsimonia a lo largo del Eje 3 y desaparecieron después de atravesar la calzada Ermita-Iztapalapa, sin que hasta la fecha las autoridades de la ciudad de México hayan logrado identificarlos.

En un país en donde las víctimas mortales del crimen organizado se cuentan por decenas de miles, donde los estudiantes normalistas son secuestrados y asesinados por el narco en complicidad con el Estado, y en donde hasta los robos y asaltos más pichicatos derivan en lesiones, violación y homicidio, resulta sorprendente hallar casos en los que la acción delictiva se lleva a cabo con la inteligencia de un guion hollywoodense, sin tirar ni una sola bala, sin herir a ningún empleado ni vapulear a ningún cliente. Uno se siente incluso tentado a admirar el ingenio de estos crímenes “perfectos”, estos robos “de película”, que en comparación con las cotidianas masacres que tienen lugar en México y con la actuación



Fotografía: Dennis Grombowski / Gettyimages

³ Naturalmente, no es una condición inexcusable. Irlanda y el Reino Unido hablan la misma lengua, por ejemplo.

⁴ No tanto en el caso vasco. Aunque el tipo de apellidos que son mayoritarios en el Parlamento catalán da alguna pista.

francamente improvisada de las autoridades judiciales, nos parecen fruto de la razón más fina.

Thomas de Quincey propone, en su oscuramente divertida obra *El asesinato considerado como una de las Bellas Artes*, que si bien el deber de todo ciudadano respetuoso es indignarse moralmente ante las acciones de un delincuente, e incluso tratar de impedir la realización de un crimen por todos los medios posibles, una vez que el delito es consumado esta postura moral resulta inútil y hasta “el hombre más virtuoso tiene derecho a disfrutar del fuego de un incendio y hasta a silbarlo, como ocurriría en cualquier espectáculo que suscitara la expectación del público para luego defraudarla”. Y es bajo este punto de vista estético que De Quincey pasa revista a una serie de crímenes tanto literarios como reales ocurridos en el Londres de su época, para señalar sus méritos según la forma de su realización, el arma elegida, la edad y condición de la víctima y hasta la hora en que cada uno tuvo lugar.

En una lectura “estética” del acto criminal, la actuación de los falsos custodios resultó impecable. De entrada, el robo fue realizado un lunes a pleno día: el banco acababa de cerrar sus puertas a la clientela y la tarde, a pesar del tráfico y el bullicio sobre Corregidora, era apacible. Por otra parte, la ejecución del robo no puede ser considerada otra cosa que notable: ¿cuántas semanas o meses de planeación, de infiltración y espionaje se necesitaron para aprovechar los propios mecanismos de seguridad antirrobo del banco y torcerlos contra la propia institución bancaria? Es imposible no sentirse fascinado por un ingenio capaz de subvertir la seguridad misma que se ha implementado para contener la subversión.

En cuento a la elección de la víctima, puedo asegurar sin temor a equivocarme que, en un país sujeto a crisis y devaluaciones periódicas y cuyos ciudadanos consideraron profundamente injusto tener que pagar por el rescate de la banca, casi nadie se pondría del lado de la institución bancaria, un organismo que, para el

mexicano promedio, carece de rostro y de alma. En la mejor tradición del romanticismo criminal, esa que ve en la figura del “buen ladrón” al cofrade de una hermandad sometida a rígidos códigos de conducta y ética, la actuación de los falsos custodios tiene un dejo de justicia poética y vence, ya no por puntos sino por nocaut, al desempeño de su contraparte, la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal y del departamento de seguridad de Bancomer (el de la sucursal Corregidora es, por cierto, el segundo atraco sin violencia que sufre este banco en menos de un año).

A cuatro meses de ocurrido el crimen, y a pesar de los interrogatorios, las pesquisas y el sesudo análisis de cámaras de video, la PGJDF sigue sin poder ponerle nombre a los rostros de los ladrones y, ante la falta de mecanismos para rastrear el caudal sustraído, sigue también sin tener pistas sobre el paradero de los casi diez millones de pesos. La última actualización del caso fue la “sorprendente” revelación, a finales del mes de agosto, de que la furgoneta empleada para cometer el crimen —una vagoneta blanca, sin blindaje y con los logotipos de la empresa pintados con torpeza sobre el cofre— perteneció antes a una panadería: un dato que resultó inútil y que más bien merece una lúgubre rechifla de trombón con sordina.

Oh, lo que hubiera escrito De Quincey —o para usar un referente más cercano: Jorge Ibargüengoitia— de haber vivido en el México de

nuestros días, un México en el que los criminales no solo superan a los policías en recursos tecnológicos y armamento, sino hasta en decencia, buen gusto y pericia. —

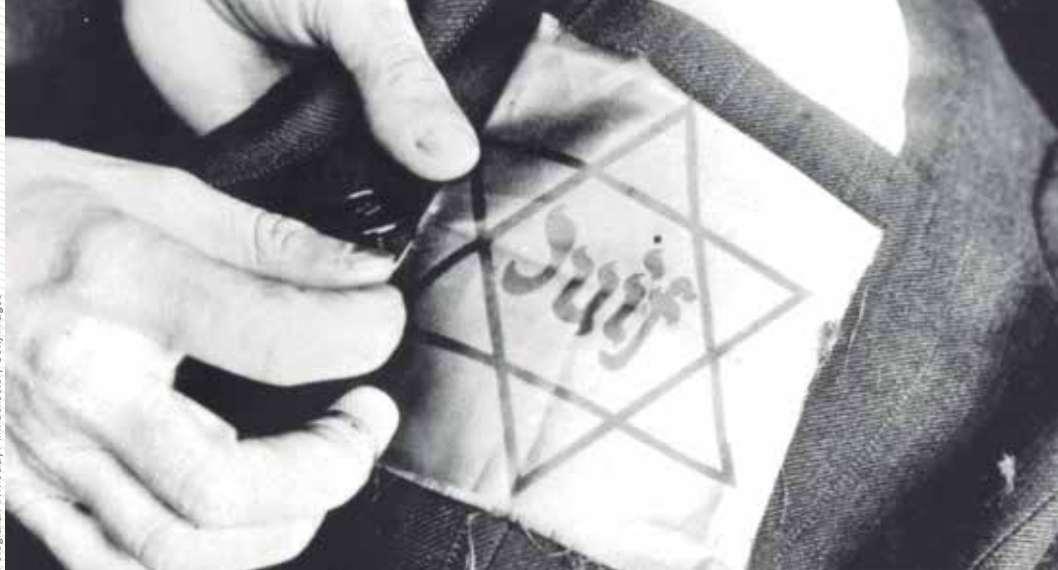
HISTORIA QUERIDÍSIMOS MÁRTIRES

IBON ZUBIAUR

El ejercicio de la memoria histórica es por su propia naturaleza selectivo. Claro que también cabe negarse a ejercerla: es una selección más radical. Pero si la opción por la desmemoria resulta indecente en un país como España, con sus miles de fusilados por motivos exclusivamente políticos, es directamente inviable en un país como Alemania, donde se gestaron las grandes matanzas europeas del siglo pasado y el único genocidio industrial. Alemania es así el país en el que, gracias al tesón de muchos (pero frente a la resistencia de otros muchos), se ha hecho un esfuerzo más sistemático por afrontar ese pasado, extraer de él lecciones, y sembrar una cultura cívica que evite su repetición. Los resultados de ese esfuerzo no son solo responsabilidad de quienes lo emprendieron, sino también de quienes lo entorpecieron o tergiversaron para adaptarlo a sus intereses: y es bajo ese prisma que quiero atender a la memoria de la oposición al nacionalsocialismo.

A lo largo de las cuatro décadas en que Alemania estuvo dividida tras la guerra, las formas de

Fotografía: ArtMedia / Print Collector / Getty Images



oposición al régimen hitleriano fueron honradas de modo muy distinto en las dos repúblicas enfrentadas: mientras en el Este se ensalzaba casi exclusivamente la resistencia comunista, el Oeste ponía el acento en el frustrado (y tardío) golpe de Estado del 20 de julio de 1944. Desde la reunificación, sin embargo, las estrellas indiscutibles del martirologio antinazi han pasado a ser los hermanos Hans y Sophie Scholl, que en febrero de 1943 fueron detenidos por arrojar unos folletos en la Universidad de Múnich y ejecutados a los pocos días, como después otros integrantes de su grupo estudiantil y el profesor Kurt Huber. Hoy rara es la ciudad alemana en que un instituto de enseñanza no lleve el nombre de los hermanos Scholl, y se los eleva a ejemplo de la juventud con una preferencia tan marcada que forzosamente ha de llamar nuestra atención.

Confieso que no comparto la extendida veneración por los hermanos Scholl. Su motivación cristiana me es ajena; el atrevimiento con que discutían la composición del futuro gobierno me parece menos ingenuo que soberbio, y las divagaciones de Sophie sobre la gracia de una banalidad sonrojante (la menor de los Scholl, desde luego, no era Dietrich Bonhoeffer). Pero eso no tiene importancia alguna, ni aminora su coraje cívico. Lo que me perturba es que el mayor ejemplo de resistencia civil que ensalza la memoria colectiva alemana sean dos jóvenes exaltados cuya inmolación no sirvió para aminorar el sufrimiento de un solo perseguido, mientras se ignora a tantos héroes anónimos que salvaron vidas ajenas. Sospecho que lo que genera una incomodidad, y es soslayado en esta forma de homenaje selectivo, es la eficacia de ciertas formas de resistencia que sí estaban al alcance de cualquiera, mientras que lo que atrae en los hermanos Scholl no es tanto su innegable valentía como la sonoridad de su fracaso.

Los mártires siempre han calado en el imaginario colectivo mejor que los héroes discretos. Mártires son, por definición, los que pierden la vida por su causa: sucumbir al riesgo que se asume se ve como

un mérito mayor que salir airoso. Lo decisivo, temo, es que resulta más reconfortante para quien no asume riesgo alguno: para millones de alemanes bajo el régimen nacionalsocialista, a los que cada mártir viene a reafirmarles por contraste su complicidad o cobardía, o para los albaceas de la amnesia colectiva. Lo cierto es que no todos los que se opusieron al exterminio sucumbieron: en medio de una guerra y sin temer la delación, miles de alemanes (muchos de ellos con menos recursos que los Scholl) se aplicaron a ayudar a perseguidos y salvaron vidas arriesgando la suya propia. Solo en Berlín, cerca de dos mil judíos sobrevivieron en la clandestinidad a las deportaciones. Cada uno de ellos requirió la colaboración activa o pasiva de numerosas personas, que les proporcionaron alojamiento, comida, ropa y papeles o hicieron la vista gorda sobre la presencia de un misterioso “sobrino” en la vivienda del vecino. Algunos de los que más se implicaron en esas redes de apoyo pudieron dar cuenta de ello tras la guerra y, aunque ninguno obtuvo ni remotamente el reconocimiento dispensado a los hermanos Scholl, su ejemplo sigue siendo accesible para desmentir la manida excusa de que *no podía hacerse nada*. Pienso en gente como Harald Poelchau, pastor de la prisión de Tegel, que no era menos temerario ni cristiano que los Scholl y dirigió la ocultación de docenas de personas, o en la periodista Ruth Andreas-Friedrich, que junto a su pareja el director de orquesta Leo Borchard (primer responsable de la Filarmónica de Berlín tras la guerra) colaboró en su red de apoyo y alojó y alimentó a tantos de esos fugitivos. Ambos han sido reconocidos por el centro Yad Vashem como “Justos entre las naciones”, al igual que más de quinientos alemanes entre los que, por motivos obvios, no están Hans y Sophie Scholl. Obviamente, no pretendo descalificar con ello la ineficacia de su acto. A los que no hemos vivido aquellos tiempos no nos corresponde evaluar la acción de quienes los padecieron y tasar *lo que tendrían que haber hecho*, pero sí velar por la justicia en su memoria. Lo que denuncio es la impostura que

encierra el ensalzar como ejemplo *únicamente los fracasos*, obviando numerosos casos de ayuda eficaz.

Harald Poelchau fue designado “Justo entre las naciones” poco antes de su muerte. Más tarde, el senado de Berlín otorgó su nombre a un instituto en Charlottenburg; es el único en toda Alemania. También un asteroide descubierto en 1992 lleva su nombre: el 10348 Poelchau. La metáfora es tan reveladora como preocupante: mientras se educa a las nuevas generaciones en el ejemplo de una inmolación que aquietta las conciencias, la memoria de quien salvó tantas vidas es confinada a una galaxia remota. —

CARTA DESDE SAN FELICE

CIRCEO

A LAS FALDAS DE LA MAGA

LAIA JUFRESA

En el canto x de la *Odisea*, el héroe llega a la isla Eea y espera en el barco mientras veintidós de sus hombres van tierra adentro y dan con el palacio de la maga Circe, quien los recibe amable, los agasaja, los envenena y los convierte en cerdos. A todos menos al líder, que da aviso a Odiseo. Este se adentra solo en la isla y —con una pequeña ayuda de Hermes— resiste el hechizo de Circe, salva a sus compañeros y pasa un año en gran amorío con la maga. Ahora bien, la isla Eea, según los historiadores romanos, de hecho existe. Pero no es una isla sino una montaña. Una montaña con cara de mujer.

A cien kilómetros al sureste de Roma, en la costa de la región Lazio, está el Parco Nazionale del Circeo. Abarca ochenta kilómetros cuadrados con un promontorio, un bosque, varias dunas, cuatro lagos salinos y una isla. El promontorio o Monte Circeo está rodeado por mar en todos sus lados excepto el norte. Mientras que su cumbre alcanza los quinientos cuarenta metros sobre el nivel del mar, la tierra que al norte lo ata al continente tiene apenas quince. Siendo tan baja, es difícil divisarla. Visto desde el mar, incluso desde el otro lado de la bahía, el monte parece una isla. Su cresta, de cinco kilómetros de largo, asemeja un perfil. Frente recta,



nariz de bolita, labios carnosos. Solo le faltan los ojos. El perfil, por supuesto, de la maga Circe.

En el lado este de la cresta, está *la mura ciclopiche*. Restos de una muralla de construcción ciclópea, es decir, de grandes piedras unidas sin argamasa. Son bloques enormes, minuciosamente cortados y encimados, en los que uno puede caminar o sentarse con los pies colgando sobre el despeñadero que, cientos de metros abajo, se clava en el deslumbrante mar tirreno. Protegía un asentamiento romano o quizás volsco, llamado Circeii. Pero el monte estuvo habitado desde mucho antes: en 1939 se encontró, en una de sus cuevas, un cráneo de Neandertal.

Al final de la república romana, Circeii bajó del monte a las orillas del Lago di Paola, uno de los cuatro del parque, conectado al mar por un canal romano. A sus orillas pueden observarse las ruinas de unas termas y dos enormes cisternas perfectamente conservadas. El dueño de los terrenos alrededor del lago me explica que este varias veces ha amanecido blanco con las panzas de peces muertos flotando. Parte del problema fueron las excavaciones para un canal moderno, que se frenó, pero avanzó lo suficiente como para romper el equilibrio original entre agua dulce y salada (que a su vez determina la cantidad de oxígeno). La otra parte es contaminación y calentamiento global. Vemos una hermosa garza blanca y me permite hacer ¡oh! antes de lamentarse: “Normalmente migran en octubre.” Estamos a 5 de agosto.

Donde termina el canal romano, a faldas del monte, está la Torre Paola. Es cilíndrica e imponente. Se alzó en 1563 como defensa contra los piratas. Mientras la construían, un grupo de sarracenos bajó por el acantilado y se robó la guarnición. Para evitar futuras sorpresas, se elevó de más la cara que da al monte, generando una estructura *testuggine* (de tortuga). La torre resistió diversas batallas hasta el siglo XIX. Hoy está abandonada y no se puede visitar, pero en teoría está en proceso de expropiación con el fin de alojar un museo de torres costeras que cuente la historia del territorio Agro Pontino.

La torre es perfectamente visible desde la alargada playa de Sabaudia, cuyos encantos atraen cada año miles de visitantes a San Felice Circeo (nombre actual del Circeii). En invierno, el pueblo es un paraíso adormecido, con apenas un bar abierto. En verano cuesta trabajo abrirse paso entre motos, pizzerías y romanos. El centro (*il paese*, como le dicen los locales) está rodeado por otra muralla, medieval, también asentada sobre piedras ciclópicas. En temporada baja es más fácil ver que, pese a su estado altamente panorámico, San Felice vive de espaldas al mar, sin pescar apenas, de su agricultura. Esto se debe en gran parte a *La Bonifica*, que es la misma razón por la que usted aún hoy puede adquirir, en ciertos pueblos de la región, un plato de porcelana con la cara de Benito Mussolini.

Veamos: el territorio Agro Pontino refiere a la tierra baja que mencioné antes. Tiene incluso

partes bajo el nivel del mar que, naturalmente, tendían a inundarse. Era zona de *paludi* (pantanos) y, sin embargo, fértil y ocupada en la época romana, hasta que la malaria expulsó a los pobladores. Luego, desde Apio Claudio (312 a. C.) hasta el comandante Fedor Maria von Donat (1900), pasando por varios papas, intentaron drenar la región. Existe un plan de Leonardo Da Vinci, quien claramente nunca visitó la zona porque dibujó los lagos salinos –alargados y paralelos a la playa– como perfectas circunferencias. Solo en el siglo XX, con el *Consorzio della Bonifica di Latina*, una corporación semigubernamental del gobierno de Mussolini, la zona se drenó. Se trajo gente del norte, de la región del Benetton y se les dio tierras. Se levantaron granjas y ciudades donde antes solo hubo pantano. Así hoy, a diez minutos del antiquísimo San Felice, hay ciudades de ochenta años de edad. Lugares amarillitos y cuadradotes, de rigurosa estética fascista. De creer a los sanfelicianos, aún hoy no se mezclan con los nuevos vecinos. “Trabajan mucho”, es como me los describe uno. Me recuerda a un proverbio que leí en el *Dizionario del Dialetto Circeiense*, de Andrea de Sisti (autor de tres libros sobre San Felice): *Va truènnè dè laurà e prega Diè dè nèn truà*. Va buscando trabajo y le ruega a Dios no encontrarlo.

Fue para conservar un pedazo de *palude* que se declaró, en 1934, el parque nacional. Hoy, fuera de algunas construcciones abusivas en la parte más soleada del monte (mansiones de actrices y exgobernadores, nada que sorprenda a esta mexicana), el parque se encuentra bien conservado. En la zona boscosa hay ciervos y jabalíes libres. Con un poco de imaginación, es fácil creerse en la isla Eea que describía Virgilio en la Eneida: “Óyense allí, a deshora de la noche, rugido de leones reluchando por romper sus cadenas; óyense cerdosos jabalíes y osos, que se embravecen en sus jaulas, y aullidos de espantables lobos, a quienes la cruel Circe, a favor de poderosas hierbas, trocó la figura humana en semblante y cuerpo de fieras.” –